

## CONSIDERACIONES EN TORNO AL MOVIMIENTO ROMANTICO

POR

JOSÉ M.<sup>a</sup> ALSINA

El romanticismo ha sido uno de los movimientos sociales que más profunda y ampliamente marcó la Europa de finales del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX. En nuestros días podemos constatar la importancia de su continuada influencia en muchas manifestaciones de la vida social y en ciertas corrientes del pensamiento del llamado posmodernismo. Por ello su comprensión nos proporciona claves decisivas para comprender el mundo contemporáneo.

No resulta fácil realizar una caracterización sumaria, por la complejidad de tendencias y manifestaciones tan variadas que se dieron en los hombres del romanticismo. Como ha escrito el profesor Canals el romanticismo no es definible, sólo es capaz de ser percibido y sentido como un modo de ser y como un conjunto de impulsos humanos y orientaciones sociales dados en una situación histórica muy concreta. De tal modo que determinadas actitudes que han tenido una vigencia secular presentan en este momento rasgos específicos diferenciales que manifiestan modos y matices propios del romanticismo.

Este conjunto de rasgos se nos presentan frecuentemente unidos de forma circunstancial sin llegar a constituir una unidad coherente e incluso con evidentes caracteres contradictorios. Todos ellos son manifestaciones de una época de crisis, crisis causada por los grandes cambios que sufrió Europa durante este período.

Las consecuencias de la naciente revolución industrial, y las esperanzas, entusiasmos y frustraciones generadas por la revolución

francesa a lo largo de sus distintas etapas constituirán puntos de referencia esenciales para explicar esta situación de crisis. Se crearon expectativas de bienestar unidas, sin embargo, en aquel momento a una experiencia creciente de mayor miseria en los nuevos centros urbanos industriales. Se asistió al ascenso de una burguesía que ni estaba segura de sus nuevas posibilidades, ni de los ideales que decía defender. De forma simultánea la aristocracia, en muchos casos, procedente de una burguesía recientemente ennoblecida, que no quería o más bien no se atrevía a reivindicar su antiguo status social perdido, entraba en una progresiva decadencia. Mientras no quería confesar su impotencia, afectaba aceptar la nueva situación, incluso con insincero entusiasmo, como medio para hacerse perdonar o lograr individualmente mantener su status buscando nuevas fuentes de prestigio social.

La mitificación del significado de la revolución francesa actuó de catalizador de un conjunto muy variado de actitudes. Se hicieron presentes en la vida política con apariencia de conquista y reivindicación popular ideas que en los decenios anteriores habían sido patrimonio exclusivo de círculos minoritarios aunque influyentes. Muchas de estas ideas revestidas con ropajes revolucionarios y de ruptura con el «antiguo régimen» habían nacido al amparo de la Ilustración y gracias al apoyo que habían recibido en los ambientes cortesanos europeos. El siglo XVIII a pesar de sus apariencias sociales de plenitud ya había recorrido un largo proceso de crisis, como ha hecho notar con sus estudios sobre esta época el historiador Paul Hazard, tanto en el pensamiento como en la vida social y política. Según Toynbee la filosofía occidental a partir de Descartes, ha olvidado sus raíces griegas relegando su carácter especulativo y centrando su preocupación en las consecuencias prácticas o simplemente útiles de su pensamiento, y se asemeja a la astrología cultivada por los sabios babilónicos como un instrumento al servicio del poder político. En el ámbito del pensamiento político este extravío es aún más patente. La política ha perdido su intrínseca dimensión moral, transformándose en una técnica al servicio de la eficacia del poder político carente de otros fines que no sean la voluntad de poder, convertida ahora

en el fundamento de la moralidad. Esta ruptura con el pensamiento tradicional tendrá graves consecuencias al ser reflejada en la vida política, y de este modo aquellas ideas sostenidas exclusivamente en determinados y reducidos ambientes elitistas llegarán a alcanzar un amplio eco social. Esta será la nefasta labor de la revolución francesa continuada y extendida en toda Europa con las guerras napoleónicas. Pero junto con este anuncio de liberación de un mundo pretendidamente agotado y caduco los hechos generaron frustración y desencanto. Las esperanzas proclamadas no se cumplieron. El alba anunciadora de un nuevo día fue seguida de terror y despotismo, y no fue un caso esporádico el que se dio en ambientes románticos ingleses que habiendo saludado con afectado entusiasmo los acontecimientos revolucionarios del 89, antes de final de siglo manifestaban amarga y ostentadamente su decepción. Años más adelante, en 1814 la restauración de la monarquía francesa fruto de la derrota napoleónica y el nuevo orden europeo impuesto por la Santa Alianza, también estuvo rodeada de actitudes de ambigüedad y frustración. No fue una restauración de los principios y del orden tradicional, ni siquiera de la situación anterior a la revolución, más bien un primer intento de síntesis con los principios revolucionarios. Es, en cierto modo, anticipación del régimen liberal de Luis Felipe. Este carácter ambiguo y transaccionista es lo que explica la desilusión de los sectores más sinceramente realistas, privando a la monarquía de la restauración de un apoyo verdaderamente popular, dando lugar a un régimen artificioso y sin capacidad de arraigo social. Los nuevos sectores de la burguesía obtendrán un triunfo que imaginaban definitivo, con la revolución liberal de 1830 y el ascenso al trono de Luis Felipe de Orleans. Sin embargo, también en este caso, su triunfo será efímero y se verá sorprendido por la revolución de 1848. Tocqueville había anunciado días antes en el parlamento la gravedad de la situación. Sus palabras sólo recogieron burlas y un escepticismo generalizado. Para los bienpensantes de la situación parecía imposible que aquel régimen monárquico, burgués y revolucionario pudiera ser amenazado por otra revolución. Pero en este momento la revolución trae nuevos

aires antiburgueses, y el nuevo régimen que finalmente se consolidará con Napoleón III tuvo apariencias con su populismo autoritario de haber derrotado al liberalismo burgués del período anterior. Aquellos momentos de entusiasmo, ilusión y expectativas prácticamente ilimitadas de futuro, seguidas de sentimientos de decepción y desengaño fueron caldo de cultivo de la mentalidad romántica. Dando lugar de este modo a actitudes y modos de vida, calificados por Toynbee de arcaistas y futuristas, que tienen en común el intento de huir de la dificultad del presente mediante una mixtificación nostálgica del pasado. No hay voluntad sincera de revivir este pasado, ni de inspirarse en él para edificar el presente, sino incapacidad y temor de enfrentarse con una realidad en crisis. Por ello mismo la evocación romántica de la historia, que también tuvo consecuencias favorables para una revigorización de los estudios históricos y una nueva valoración más justa de la edad media, no obstante se vio acompañada de una deformación de este pasado, deformación puesta al servicio de los nuevos nacionalismos. Por otra parte en el historicismo de cuño romántico se encuentra, como ha subrayado Leo Strauss, el origen del positivismo moderno al negar la validez de los principios universales.

Junto a esta actitud arcaizante, la incapacidad de asumir un presente en crisis se refleja en una voluntad de ruptura histórica, proyectando en el futuro la realización de todo tipo de utopías revolucionarias. El hombre por fin será dueño de su destino, se iniciará la verdadera historia de la humanidad (Marx), la naturaleza humana desplegará finalmente todas sus posibilidades de plenitud (Comte). El mal y el dolor ya no amenazarán la existencia humana, el hombre liberado de su incapacidad nacida de la creencia en su culpa original, dependerá exclusivamente de él. No lleva en sí mismo los gérmenes de un fracaso inevitable, al contrario, afirma De Paz en su libro sobre la revolución romántica, podrá caminar con confianza hacia un progreso ilimitado.

Estas actitudes arcaistas y futuristas reflejan esta incapacidad de asumir un presente en crisis, y al no querer reconocer esta incapacidad, revisten el rechazo del presente de actitudes ficticias

de entusiasmo por un pasado o de esperanza en un futuro radicalmente mejor. La mayor parte de estos autores manifiestan en sus obras esta actitud de escepticismo y resentimiento contra la misma realidad. La mitificación deformadora y romántica de estas actitudes las rodea de una aureola de popularidad. La difusión de las ideas románticas no encuentra explicación en un pretendido origen científico, y ni siquiera en su contenido objetivo sino en los sentimientos que acompañaban a su propaganda.

Esta incapacidad de asumir la realidad se proyecta en todos los ámbitos de la vida especialmente en la vida ordinaria y de la propia realidad personal. Encontramos una gran reiteración en la literatura romántica, especialmente en la francesa, de dos temas característicos de esta problemática. El aburrimiento tedio, disgusto vital y sensación de vacío e inutilidad causado por el mero hecho de vivir una existencia «ordinaria». El único modo de superación de estos sentimientos es liberarse de todas aquellas normas y costumbres que caracterizan la vida cotidiana. Pongamos algunos ejemplos. La familia es sustituida por la relación fundada en el amor generoso y sincero que huye de convencionalismos hipócritas fundados en una moral puritana y tradicional. Se desprecia la vida ordinaria del hombre común contraponiéndolo con el genio y el héroe, ejemplos de hombres profundos, y de realizar las obras más grandiosas. En fin, dar culto a su propio yo como único centro de su vida y de sus deseos. En el Fausto de Goethe encontramos la exaltación de la obra del científico de crear la vida humana y de este modo superar antiguas dependencias de la naturaleza. La vida humana es ya, en todas sus dimensiones, incluso en su origen, fruto exclusivo de la voluntad del hombre. Pero una vez más el fracaso y la frustración siguen a estas promesas y proyecciones exaltadas y desfiguradas de la realidad humana, siendo este fracaso raíz de odio a los demás y a sí mismo. En ello encontramos la explicación de algunas conductas suicidas.

El fracaso de la autoexaltación, fruto inconfesado de la experiencia cotidiana de su propia limitación, tuvo otro intento de falsa superación. Proyectar la grandeza del ser humano en su disolución en la colectividad. La humanidad, la clase social, la na-

ción, o más modernamente los distintos colectivos que asoman cada día por nuestras pantallas de televisión son un medio para ocultar el desagrado ante su particular identidad personal. El hombre no quiere tener que confesar su limitación, que la asocia a derrota y fracaso. Cuando no lo pueda evitar surgirá el odio contra sí mismo y contra Dios.

Si hay una virtud ausente en los hombres del romanticismo, como ha notado Shenk, es la humildad. Humildad que no lleva al desprecio, ni al odio contra sí mismo, sino al reconocimiento de su carácter de criatura, creada por un Dios que en su Amor difusivo la ha creado a su imagen y semejanza. La mentalidad romántica estuvo lejos de esta actitud de humilde reconocimiento de su realidad, por ello mismo la religión de los románticos fue frecuentemente un sentimiento de su «religiosidad» más que un reconocimiento y fe en un Dios personal y creador.

Concluimos. Hemos querido insistir en un aspecto que da unidad al complejo fenómeno del romanticismo, manifestación de un mundo en crisis que se siente incapaz de asumir esta crisis. Crisis que tiene un aspecto central: el hombre de la modernidad romántica y posterior ha querido construir un mundo sin Dios, ha querido comprenderse a sí mismo con sus ansias de felicidad insatisfecha sin tener que reconocer su filiación divina, sin necesidad de expresar como actitud más profunda su reconocimiento al designio amoroso de Dios al crearle y especialmente al redimirle, por ello el carácter desintegrador del romanticismo es un eco de aquel satánico «non serviam», origen de todos los males que acechan la existencia humana.